

No miré a Cody cuando dijo que esperaba verme pronto, en la granja o donde fuera, y mantuve la cabeza apoyada en el cristal observando cómo se apeaba del vagón, pasaba al otro lado del ventanal y se alejaba por el andén, uniformado de gala, ante el gentío indiferente. Golpeé el vidrio y lo volví a golpear, y los ocupantes del vagón se sobresaltaron cuando me levanté, pero quedé inmóvil viendo como el único amigo que había tenido se mezclaba con la gente, desapareciendo entre ella para siempre.

El tren silbó antes de ponerse en marcha y al abandonar la estación de Abilene. Recosté de nuevo la cabeza sobre el cristal y cerré los ojos.

Mi nombre es Shaun Dotson, nací el 8 de junio de 1919 en San Angelo, Texas. Si he de contar algo de mi infancia, será que no recuerdo a mi padre. Murió antes de que cumpliera cuatro años, no sé cómo sucedió. Nadie lo sabe. El tío Norm se hizo cargo del negocio familiar y, por extensión, de lo demás. Vino a vivir a nuestra casa, que pasó a ser suya, pero nunca le llamé padre.

No me gustaba la escuela, aunque fui hasta los doce años, en que empecé a ayudar al tío Norm en el taller de reparación de maquinaria para explotaciones petrolíferas. Un maestro perseve-

rante me proveyó de enriquecedoras lecturas que hicieron que desarrollara más predilección por los libros que por los pistones y cilindros del taller. Harto de trabajar siete días a la semana con mala paga o sin ella, el 17 de diciembre de 1941 me presenté en la base militar Goodfellow y me alisté; habían pasado diez días del ataque a Pearl Harbor. En agosto de 1942 puse los dos pies en Guadalcanal para cambiar mi forma de mirar la vida, de mirarte a ti. Cuando todos huyen por el mismo camino, es el equivocado, ahora lo sé.

Volvimos enfermos de cuerpo y mente. Las banderas, el confeti y la posterior patada en el trasero no era el tratamiento que necesitábamos. Tampoco las miradas escrutadoras de aquellos que inspeccionaban fijamente nuestros ojerosos ojos ictéricos, queriendo observar más allá, pero al otro lado de la nada no puede haber nada. En cambio, qué bien se ve desde la oscuridad, si no te devora. Pasaje al horror, tercera clase, billetes gratis a las islas Salomón, se puede decir que sobreviví.

Tras la rendición de Japón tardamos meses en regresar, un tiempo nebuloso en el que la reflexión de aquel que podía hacerla era la peor de las terapias. Si nos hubieran mantenido en el mismo fango sanguinolento más tiempo, hubiéramos acabado todos locos, salvo los muertos.

Y algunos regresamos a casa en la resaca de la victoria, éramos la última copa, la que sobra, la que hace vomitar. Un retorno demasiado largo. Al otro lado del Pacífico, soldados eufóricos que nos identificábamos con los héroes de los periódicos, pero que nos apagábamos con la proximidad del hogar volviendo a ser muchachos supervivientes, antes desconocidos para nosotros mismos; ahora que lo sabíamos todo teníamos que sobrellevarlo.

El traqueteo del tren me relajaba. Los sonidos graves y monótonos se introducen en alguna parte desconocida del cerebro y lo duermen todo, es lo que tiene. La guerra había terminado.

Terminado; no comprendía ese concepto, el fin no puede ser el fin si piensas en él.

A mi lado, mi compadre Cody Mayers, igual de callado que yo. No sé qué nos pasó durante aquellas horas, las últimas, sentados en aquel vagón. Retornábamos de los infiernos y teníamos los cinco sentidos puestos en ello. Puede que fuera miedo. Miedo a que los demás supieran lo que habíamos hecho, a que identificaran los actos con las personas, que pensarán que eso solo lo podían hacer personas malas. Miedo a mirar diferente, a que nos miraran diferente. Y no hay nada peor que el miedo, el miedo se come primero tu cerebro, después todo lo demás.

Mirábamos los serenos paisajes por los que pasábamos y nos sentíamos extraños. Cody sacó una fotografía del bolsillo: nuestra sección, nuestra pequeña comunidad solitaria y solidaria. Siete muchachos con historias diferentes, atraídos o repelidos por la sociedad, igualmente hipócrita en los dos casos, hasta lugares donde fuimos más humanos que nunca, con todo el significado y consecuencias del término. La guerra terminó, se portó mal con nosotros —si se pueden atribuir comportamientos a ella fuera de lo aleatorio, la fortuna o la probabilidad—, solo sobrevivimos Cody y yo, de vuelta en ese tren, taciturnos. Lo habíamos visto todo y los que nos rodeaban no sabían nada, ni se lo íbamos a contar. No hay vínculo que una más en la vida que la cadena que forman los muertos.

Cody me observaba descifrando miradas perdidas.

—¿Cómo se olvida esto?

—No olvidaremos nada, Cody. No se puede.

—¿Y qué haremos?

—Intentar no recordarlo. Y callar cuando nos pregunten y largarse si insisten. —Hice una pausa y cambié el tono—. Trabajarás en la granja con tu padre, te casarás y tendrás muchos hijos, como decías en la otra vida.

—¿Y tú?

—Me marcharé.

Miró la fotografía, entornó los ojos negando con la cabeza y la guardó en el interior de la chaqueta.

—Ven a Throckmorton, siempre hay cosas que hacer en la granja. Te he visto con la pala —dijo sonriendo— y, además, te das maña con los motores.

—No creo que sea lo mejor.

—Ni lo mejor ni lo peor.

Callé, es imposible contestar a eso.

—¿Entonces, adónde irás?

—No lo sé, quizás a California.

—¿Tú en California? No me lo creo.

—Probablemente eche de menos el mar.

Y reímos y ya no hablamos más.

El tren llegó a Abilene y Cody, siempre discreto, se marchó como si tal cosa, camino de la estación de autobuses donde cogería uno hacia el norte, a Throckmorton, a la acomodada granja de sus padres. Allí debía construir lo que entendemos por una buena vida, yo seguiría hasta San Angelo, allí destruiría una vida, una mala vida.

Reemprendimos la marcha. Hipnotizado, observaba el conocido paisaje de colinas salpicadas de cenizas agitándose borrosos por el traqueteo del tren, que los dejaba atrás para que seguidamente otros, idénticos o no, aparecieran. Como sucede con los recuerdos, que difuminados y temblorosos emergen, para a continuación sumergirse en lo hondo y que surjan otros, o los mismos pero diferentes. ¡Y cómo surgen los recuerdos en los lugares vividos! Y no digamos con los olores sentidos. Y con San Angelo perfilándose en el horizonte, retrocedí a otros tiempos que por ser más inocentes no eran más plácidos.

Íbamos a la iglesia todos los domingos y fiestas de guardar. Qué gran familia éramos: próspera en los negocios, reconocida en la comunidad y socialmente relacionada. Todavía recuerdo al perro de mi padre, ladraba a todo el mundo —quiero pensar que como él— y solo se dejaba acariciar por mí. El tío estuvo a punto de matarlo una vez. No sé qué le dijo mi madre que nunca más lo volvió a tocar. Pero murió, y Norm trajo un gato para mi madre, nunca le tomó cariño. Conmigo mantenía las distancias y me observaba, siempre con recelo, ya me olía. El tío Norm era la Santísima Trinidad. Me quería tanto que me pegaba para demostrármelo, yo siempre estuve dispuesto a quererlo más.

Recuerdo que los días eran todos iguales. Pero en las noches navegaba en la *Hispaniola* y me confesaba con el abate Faria.

Llegué a San Angelo, la estación solitaria, sin recepción multitudinaria ni discursos ni banda de música ni banderolas ni nada. No esperaba más. Cogí el petate, salí a Chadbourne Street y anduve por la arenosa carretera que llevaba a mi casa.

Se detuvo un coche.

—¿Eres de por aquí, muchacho?

—Sí, señor.

—¿Hacia dónde vas?

—A Beauregard.

—Lo siento, no me va de camino —dijo, mientras se tocaba el ala del sombrero.

No lo entendí, todos los caminos pasaban por Beauregard, o al menos así era antes. Continué andando. Al segundo intento hubo suerte, un mozalbete sonriente paró su camioneta y, tras indicarle mi destino, me hizo un gesto con la cabeza para que tirara el petate a la parte de atrás. Monté, me senté a su lado y suspiré nervioso. Todo por verla. Había escrito a mi madre solo dos cartas: al llegar al frente y cuando embarqué para regresar, en

Okinawa. Durante aquel periodo no tuve nada que contar, nada que ella mereciera leer.

El chaval me miró con intención y adiviné que el recorrido iba a tener un pretendido peaje. Preguntas y más preguntas contestadas con silencio y más silencio.

Llegamos al destino, bajé de un salto, cogí el bulto y levantando dos dedos saludé al chaval que, con media mueca, me despidió sin dejar de mirar la carretera; pisó a fondo y arrancó levantando una nube de polvo que en pocos segundos hizo que lo perdiera de vista.

Habían pasado cinco años y todo seguía igual. El cercado de madera blanca delimitaba una generosa parcela cubierta de césped cortado a cepillo hasta el porche de la casa. En su costado izquierdo un pequeño huerto, y en el opuesto una zona ajardinada donde no faltaban *bluebonnets* y onagras rosadas. Un caminito de guijarros dragados del río Concho conducía desde la cancela a los diferentes espacios, evitando así estropear el cuidado jardín. Tras la casa, una amplia cochera albergaba dos camionetas Ford —una de trabajo (ahora ausente) y otra acondicionada exclusivamente para sus cacerías al rececho— y el Packard Six de los domingos; además de todas las herramientas necesarias de carpintería, jardinería y, sobre todo, útiles de caza y taxidermia.

Recorrí el sendero de piedrecitas hacia los cuatro peldaños que daban acceso al porche.

Nervioso, vi como el sol se acostaba por el oeste y nos dejaba a solas. Llamé a la puerta. Al momento, una figura femenina se adivinó al otro lado y, durante unos segundos, contemplamos nuestras figuras perfilarse sin detalles.

—Mamá —dije, con el corazón en los labios.

Abrió la puerta, me besó y me abrazó y me besó y me abrazó, y no sé cuántas veces más lo hizo, infinitas, creo recordar, aún lo hace. Pasamos al comedor, nos sentamos uno frente al otro,

las manos cogidas y lágrimas en las mejillas. Apenas hablamos, el silencio era hermoso y llamó a la noche.

El ruido de una camioneta rompió el embrujo, un ligero sobresalto estremeció su cuerpo e impedí que se prolongara apretando sus manos con más fuerza, con la fuerza de la calma. Se oyeron pisadas recias de botas vaqueras en el entablillado del porche y miró de reojo la puerta.

—Tranquila, mamá, un millón de cerdos en sus camionetas no podrían tocarte un cabello.

Mi tío abrió la puerta, la del infierno estaba cerrada, pero yo tenía la llave. Observó la escena y me miró de arriba abajo.

—Has vuelto... sobrinito.

El silencio retornó a la estancia, pero era distinto, antagónico al anterior disparaba los sentidos en lugar de adormecerlos.

—¿No saludas a tu tío? —preguntó, sonriendo aviesamente.

—No.

—Menudos modales trae tu hijo después de tanto tiempo.

—Los modales nunca han sido el fuerte en esta casa —repliqué.

—Mal camino llevas.

—El que me trae aquí.

—Malo, pues.

—... me enseñarás el bueno.

Caminó pausadamente y, pesadamente, dio cada paso sin dejar de mirarme hasta el rinconcito bajo la escalera que daba acceso a la planta superior. Se quitó el sombrero, lo sacudió en la pernera y lo colgó de una tachuela dorada con forma de herradura, se giró y masticando lentamente las palabras susurró:

—Espero que no hayas olvidado lo que tanto me costó meter en tu dura mollera: aquí no se alimentan vagos. Mañana irás al taller.

—No voy a trabajar para ti.

—Pues ya puedes buscarte un trabajo y una casa.

—He venido a ver a mi madre. Me quedaré unos días y después me iré.

—La cena está lista, Norman —interrumpió ella, con el pensamiento ancestral de que toda discusión puede ser aplacada con los estómagos satisfechos o, al menos, y más pragmáticamente, mientras se come se habla menos, o así debería ser.

Permanecí inmóvil, atrapado, no podía dejar de mirarlo; hasta que mi madre me tomó la mano y me condujo a la mesa. Norman siguió y se sentó a la cabecera, dejando a sus espaldas aquella pared sembrada de trofeos de caza que tanto miedo me daban de niño y asco ahora. Feroces cholas que recolocaba periódicamente, cada vez más comprimidas, como resultado de sus partidas; y las rotaba, y las que ya no le agradaban las utilizaba de diana o las llevaba a la cochera, después al taller y, por último, las quemaba y las enterraba.

—No tengo apetito —dije. Me levanté de la mesa, besé a mi madre en la frente y subí a mi habitación.

Me tumbé en la cama advirtiendo que la aparente inmutabilidad de los objetos que me rodeaban despertaba en mí sensaciones totalmente diferentes a las sentidas en la cotidianidad pasada. La tenue luz de los faroles del porche atravesaba la ventana e incidía en los estantes repletos de libros proyectando sus sombras, semejando una alta cordillera que una vez atravesada y con los últimos años vividos me llevaba a una visión del mundo diferente. Rodeado de aquellos universos, que siendo todos distintos te susurran lo mismo, me dormí.

Nadie me despertó. Tras salir de ese estado en el que la mente anestesiada intenta discernir entre lo soñado y lo real, puse el pie izquierdo en el suelo. Una lenta ducha, un buen desayuno y una mejor compañía me esperaban.

Bajé las escaleras tras el aroma de tortas y caramelo recién fundido que, mezclado con el olor ahumado, casi quemado del



tocino, me hicieron retroceder a los agradables desayunos de los domingos cuando el tío se ausentaba con el *sheriff* Wilkens para sus bacanales fronterizas.

Allí estaba, de espaldas en su cocina, como tantas veces la había visto manejándose de un lado a otro con agilidad y decisión, envuelta de la dorada luz de la mañana amplificadas por el tono melocotón de las paredes. Desayunamos juntos, ella me dijo que por segunda vez. Hablamos de todo lo bueno que se nos ocurrió, nos queríamos y forzamos la felicidad.

Salimos a pasear. Cogidos del brazo recorrimos los lugares de los que teníamos un buen recuerdo del que hablar: la tienda del Todo, donde cambiaba los folletines del Oeste que devoraba de niño y que poco a poco evolucionaron hacia otras lecturas; la barbería, a la que iba a regañadientes y en la que el viejo Joe me cortaba el pelo a cuchilla o a tirones, según se mire, y siempre me raspaba de más dibujándome surcos rojizos en la nuca; la cafetería Ring's, en la que probé todas las bebidas que ahora me gustan por primera vez; la escuela —que de niño no entendí—, con sus campos de entrenamiento, su biblioteca imposible...

Todo lo bueno tuvo cabida en un paseo, un almuerzo y otro paseo. Todo.

Volvíamos del lago Nasworthy. Ella, abrazada a mi cintura, reclinaba la cabeza en mi pecho. El sol declinaba alargando nuestras sombras, sonrojándonos, mientras el crepúsculo llamaba a la oscuridad que impediría determinar el límite de las cosas.

La acompañé a casa, quería ultimar los preparativos de una cena especial. Corté un *bluebonnet* del jardín, le di un beso y me fui a recorrer solo los lugares que durante el día premeditadamente habíamos ignorado. Regresé una hora más tarde por el mismo camino del hoyo, que una vez recorrí, paso a paso, patada a patada, arrastrando mi bicicleta partida en dos con el tío a la espalda.

Entré en casa. Estaban los dos, mi madre terminaba de preparar la cena —costillas de cerdo con puré de patata y pastel de calabaza— y Norm, espatarrado en su sillón de piel de búfalo, apuraba un vaso de *bourbon* mientras hojeaba no sé el qué.

Sin saludar, crucé la sala hasta la cocina para besarla. Con cara angustiada y ojos llorosos que apuntaban a mis botas traspasándolas, dejó en mis manos una bandeja de cerámica repleta de costillas asadas y me pidió que la dejara en la mesa, pero no me moví. Dio media vuelta y continuó sirviendo puré de patatas en otra fuente con adornos florales dorados que se entrelazaban estrangulándose. Apreté las asas con fuerza y permanecí mirándola. Se giró y rogó:

—A la mesa, Shaun.

Pasó a mi lado, dejó el puré sobre un mantelito bordado, se acercó al tío, le susurró algo al oído y se sentó a la mesa. El tío la siguió dirigiéndome una mirada de superioridad, y yo, que paralizado observaba la escena, me uní.

Solo se oía el chocar intermitente de los cubiertos contra la porcelana. No había de qué hablar que pudiera mejorar la situación, tensa, acumulada. Pero el tío quería.

—Bonito día para no hacer nada.

Silencio.

—Las costillas están deliciosas, mamá.

—Échate un poco de puré para acompañarlas.

Silencio mientras me servía dos cucharadas.

—Tenemos el taller a reventar y Steve se ha puesto enfermo; no me extraña que no lo quisieran ni para la guerra.

A su carcajada seca le siguió de nuevo la nada.

—Mamá, ¿qué lleva el puré que está tan sabroso?

—Mantequilla y pimienta.

—Mañana a las siete te quiero allí, sobrinito.

Levanté la vista y miré al tío.

—En Asia hay especias que le dan a todo un sabor diferente.

—Además de comer y gandulear, ¿has hecho algo en el ejército?

—Poca cosa —respondí, sin apartar la mirada de él.

—Pfff, vagueando —bufó, habló y resopló.

—Más o menos. ¿Y usted?, ¿qué ha hecho usted?

—¿Yo? Trabajar como un animal para mantener esta casa y a tu madre.

—No le preguntaba eso, le preguntaba que ¿qué ha hecho usted en esta casa?!

Hubo silencio y miradas retadoras, siempre el final había sido el mismo, aquella noche no. Como tantas veces, levantó el puño cerrado como un mazo, pero antes de que descargara el golpe extendí la mano hacia su cuello y con la tenaza de mis dedos nervudos cogí su garganta y apreté. Se paralizaron sus movimientos. Furioso primero, confuso después, suplicó cobardemente con la mirada mientras sus dedos escalaban por el mantel intentando coger el cuchillo trinchante que se encontraba en el centro de la mesa a dos palmos de su mano. Apreté más, lo miré, me miró, sus ojos desbordaban incredulidad, conforme cerraba la tenaza, terror. No controlaba la situación, debería ser al revés, como siempre. Giré la muñeca y se oyó un chasquido, ahogado por un largo gemido de muerte.

—Ya no respirarás más en el cuello de mi madre —susurré, antes de soltarle para que se desplomara sobre la mesa.

Silencio y miradas. Mi madre lloraba sin agachar la cabeza. Me acerqué a ella, tomé su mano, nos levantamos pausadamente de la mesa y nos sentamos en el sofá de la salita, mi brazo la rodeaba apretándola contra mi cuerpo, protegiéndola, su cabeza en mi corazón, en mi corazón sus lágrimas, en su corazón yo.

Hay momentos en los que el tiempo no existe, el mundo no existe, y la mente alcanza un estado de aislamiento absoluto, de

calma, de armonía. Aguas mansas. Todo está bien, borroso, no está. Instantes efímeros que pasan pocas veces en la vida y finalizan como llegaron, precipitadamente.

—Debes marcharte, hijo.

—Lo sé.

—¿Viniste para esto?

—Creo que sí.

—Podía soportarlo.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—La verdad es que estarás mejor así.

—Y tú peor.

—¿Que cuándo?

—Cuídate, hijo mío.

—No te preocupes, mamá.

Subí a mi habitación, cogí el petate todavía sin deshacer y me senté en el borde de la cama. Recorrí con la mirada cada rincón de la estancia deteniéndome en los libros que tantas veces me habían suministrado lo necesario: preguntas, y ahora respuestas y lo que no es lo mismo, soluciones.

Bajé al comedor. Mi madre recogía la mesa con cuidado, como si hubiera un comensal insatisfecho y evitara sus miradas de reproche. Observé la escena, todo había cambiado. Me avergoncé de mi reptil violencia no por ordinaria o cruel, sino porque la hubiera presenciado ella, pero hay problemas de un solo desenlace y a veces llega inesperadamente.

Volvió de la cocina con dos tazas de café caliente, lo tomamos uno frente al otro mirándonos sin interrupción, sin bajar la vista, sin pestañear, atrapábamos cada detalle de nuestros rostros como si quisiéramos memorizarlos en esa parte del cerebro donde siempre podríamos ir a buscarlos.